

Centro Teológico Manuel Larraín
Grupo Experiencia de Dios
Miércoles 27 de mayo de 2020

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Diego Irarrázabal, Fredy Parra, Isabel Donoso, Cristina Bustamante, Jorge Costadoat, Luis Oro, Valentina Nilo, Carlos Schickendantz, Viola Espínola, Sylvia Vega, Juan Pablo Jiménez, Diego García.

Nuestra última reunión en circunstancias normales y con una asistencia masiva se había producido, sintomáticamente, el jueves 17 de octubre de 2019. Desde entonces no nos había resultado posible volver a reunirnos en buenas condiciones. Eso quizás explica que, después de tantos meses, en este reencuentro afloraran experiencias y percepciones tan variadas.

Dos crisis

Una primera constatación es la concurrencia de dos crisis de gran calado, la que se inició en octubre, y ahora el COVID 19. Pareciera que ambas se retroalimentan. En lo más negativo, hay cierta concordancia en estimar que ambas han dejado de manifiesto las serias flaquezas que conservaba el país, pese a los discursos exitistas que habían prevalecido en las últimas décadas. Cuestiones que pensábamos haber dejado atrás, han reaparecido. Desde octubre, la represión y violación grave a los derechos humanos por agentes del Estado, así como la violencia directa de múltiples orígenes y direcciones. Y ahora, las ollas comunes como símbolo de condiciones de pobreza que siguen siendo estructurales y masivas, incluso pese a que la pobreza no sea la misma de la década de 1980. Las restricciones impuestas por el COVID 19 son inauditas, han dislocado por completo nuestras vidas cotidianas. La casi totalidad del grupo se encuentra en cuarentena en sus domicilios, lo que es una situación de relativo privilegio dadas las circunstancias. Ello ha traído consigo aspectos muy esperanzadores, a los que nos referiremos luego, pero también una extendida sensación de impotencia, de tener las manos atadas, de no poder hacer más contribuciones a la solución de los problemas que han aflorado, particularmente en solidaridad con quienes necesitan más y pueden menos. Hubo quien dijo sentirse “pendeja/o”, colaborando “a medias”, como en los tiempos en que se era estudiante en trabajos voluntarios de la universidad y se agradecía la intención, pero la calidad de la contribución era hasta por ahí no más.

Comenzamos la reunión leyendo una columna de Pablo Walker sj, “¿Por qué llora la señora de la tele?”¹, en la cual se propone que ya no es correcto referirse a personas o grupos “vulnerables”, sino derechamente “vulnerados”. La iniciativa de reparto de cajas con alimentos, o más precisamente su puesta en escena, se consideró que violentaba la dignidad de las personas y era humillante, y eso supone un deterioro moral desde el punto de vista de cómo se construyen nuestras relaciones como conciudadanos que se pretenden iguales en dignidad y atributos. Había un lenguaje de la dádiva que supone un retroceso respecto de lo que se supone es la conquista de derechos.

En otro aspecto, preocupa que las dos crisis han hecho aflorar una psicología muy violenta en nuestras relaciones mutuas. A propósito del mismo reparto de alimentos y de los incidentes que se produjeron en la comuna de El Bosque el día siguiente del anuncio, llamó mucho la atención que hubiera quienes se permitieran referirse a los que protestaban como “guatones con hambre”, dando muestras de mucha ignorancia y crueldad. Asimismo, se destacaron conductas cuyo significado no es fácil desentrañar,

1 Publicada en La Tercera el 25 de mayo de 2020. <https://www.latercera.com/opinion/noticia/por-que-llora-la-senora-de-la-tele/KIHDD4QXXNDHFKHTZRWBFP3U6Q/>

como quienes desafían las normas sanitarias de maneras frívolas -por ejemplo, ir a comprar mariscos en avioneta fuera de Santiago-, poniéndose en riesgo y arriesgando a otros, o aquella fiesta clandestina de 400 jóvenes en Maipú: ¿es acaso un carnaval de la muerte, expresión más de desesperanza que de hedonismo? Finalmente, la pandemia no es sólo un fenómeno biológico sino también antropológico, porque está poniendo de manifiesto nuestras maneras de relacionarnos, ya sea por cómo nos cuidamos unos a otros, o por cómo nos descuidamos y facilitamos el contagio, o por las maneras en que diseñamos el modo de enfrentar esto, que podrían no ser iguales o equitativas para todos.

Esperanza

Sin embargo, en la conversación aparecieron muchos aspectos muy esperanzadores. El encierro ha permitido una cierta experiencia de retiro espiritual, para cada uno o con sus familias, vivido incluso con tranquilidad y con mucho espacio para la contemplación. Pero además, es apreciable que se ha producido una manifestación explosiva de una mayor sensibilidad y disposición para el cuidado de los otros. Desde situaciones muy locales o incluso privadas, como la preocupación por nuestros familiares que no viven con nosotros y que están solos o lejos, o como la colaboración entre vecinos de un mismo edificio, hasta la manera intencionada en que nos despedimos en nuestros breves contactos en el comercio del barrio diciéndonos un “¡Cuídense!” tan sincero, o al recibir la benevolencia del vecino escéptico o ateo. Además, todas las noticias sobre las variadas iniciativas de solidaridad que surgen con cierta espontaneidad y, sobre todo, con entusiasmo, incluso donde suponen exposición y riesgo ante la enfermedad. En ese sentido, las ollas comunes -que por cierto no son una solución a un problema estructural- son la semilla del tipo de convivencia que muchos anhelamos: ¡Ahí se comparte mucho más que un plato de comida!

La mayor conciencia de nuestra finitud y vulnerabilidad -contra lo que pretendía el paradigma tecnocientífico de control y dominio de todo, desde la naturaleza hasta las emociones- también se ha transformado en un descubrimiento más gozoso que penoso. A muchos les ha significado retomar vínculos -que habían permanecido hibernados- con viajes amistades o comunidades, ya sea para constituir redes de apoyo mutuo o para organizar iniciativas en apoyo de otros. La celebración de los sacramentos, en esta modalidad remota que ahora se ha vuelto casi oficial, le ha permitido adquirir un significado nuevo y menos rutinario. Hay más proximidad a un Dios misericordioso que nos anima a replicar esa misericordia, y que procura prevalecer frente a una imagen de Dios retributivo, que premia o castiga².

Hay mayor capacidad para pedir ayuda y para ofrecerla. Una persona del grupo que está trabajando fuera de la casa, advierte en sus pacientes situaciones de mucha violencia y presión -por ejemplo, un confinamiento en familia muy difícil para quienes están perdiendo empleo e ingresos y deben enfrentar deudas-, pero al mismo tiempo experimenta una inclinación a apoyar no por puro “furor curandis”, sino porque al ver el enorme esfuerzo y sacrificio que están haciendo todos los que conforman la “primera línea” sanitaria -muchas veces en condiciones además muy precarias-, el deseo de apoyar como se pueda brota espontáneo. Entonces constatamos que hacer bien por otros también proporciona bienestar. Y esto, aunque suene utilitarista, es contracultural en las actuales circunstancias de individualismo sacralizado y sin freno. Por último, las estrategias personales con las que enfrentamos esta situación angustiante, lejos de evadirla o negarla, abren a nuevas posibilidades de bienestar personal, en cosas

2 Esta discusión sobre la imagen de Dios se había producido en El Mercurio. Ante un comentario de la lectura dominical del p. Luis Ignacio Cerón, que sugería la idea del Dios retributivo, hubo una respuesta de los profesores de la Facultad de Teología Fernando Soler y Mario Insulza, rechazando esa interpretación como no cristiana. Ver “Los planes de un Dios que es Padre”, El Mercurio, 5 de abril de 2020, y la respuesta de los profesores “Pandemia. ¿Castigo Divino?”, El Mercurio, 7 de abril de 2020.

cotidianas como cocinar o estudiar, asuntos que estaban postergados por mucho tiempo.

Discernimiento del futuro

Al hacer una mirada más de conjunto y proyectando el futuro, ante la pregunta si saldremos muy cambiados de esta experiencia, se produjo una reflexión bien interesante. Hubo un diagnóstico realista de las estructuras de injusticia en el “sistema-mundo” donde hay instituciones y fuerzas inhumanas, comenzando por la codicia que cuenta con una organización muy poderosa como respaldo. Así, graves problemas sistémicos de escala planetaria no van a desaparecer, y hasta podrían agravarse. Hay la percepción de una desproporción muy dramática entre esas fuerzas al servicio de la muerte, de una parte, y nuestro deseo de un mundo más humano y en paz con la creación, por la otra. Como si lo que tenemos para aportar no fueran más que pequeñas gotas. Sin embargo, hubo varias opiniones en dirección a perseverar en que esas gotas al menos sean pequeñas y no inexistentes. Así, se dijo que este tiempo teníamos que vivirlo como testigos y no como víctimas; que podíamos encararlo desde una conciencia agradecida por los dones recibidos y no como una conciencia quejumbrosa por aquellos deseos insatisfechos; o que frente al escepticismo de algunos (“tal como tras la segunda guerra mundial, nada va a cambiar”), recordar que la historia es ambivalente y que junto a la negatividad (armas nucleares o campos de concentración) hay la positividad (universalidad de los derechos humanos). Nuestro lugar es el de rescatar la positividad y acrecentarla. Incluso en esta pandemia se han producido ejemplos muy dignos de ser destacados y replicados: por ejemplo, los liderazgos femeninos de la crisis (Angela Merkel y Jacinda Ardern a la cabeza) que lograron que se estableciera una alianza entre la ciencia, la política y la compasión. Esa es una pista muy valiosa.

El que buena parte de la humanidad haya tenido que quedarse completamente quieta al mismo tiempo y durante algunos meses es una prueba enorme. Es una situación respecto de la cual hay que tenerse mucha paciencia. Hay que procurar consensos para una mayor justicia para así dar menos pretextos a las reacciones violentas, por ejemplo, para conseguir una fiscalidad progresiva que dé un piso más estable a la seguridad social en casos de emergencia como esta. Pero también hay que tener presente que es un dato del momento que existe un desacuerdo ideológico muy profundo que no se puede ignorar. Después de todo, tanto Trump como Bolsonaro han sido gobernantes electos conforme a las reglas que nos habíamos dado como democráticas. Hay que aportar lucidez, y estabilidad emocional para persuadir con capacidad de diálogo en una situación que ha sido recurrentemente comparada con un naufragio (donde se salvan muy pocos o ninguno si no hay cooperación). Y dejar tiempo para pensar en cómo hemos cambiado sin darnos cuenta. Nos impresiona la velocidad con que se incrementa el número de contagios y de defunciones, pero hay muchos ejemplos de muerte masiva que ignoramos con tanta facilidad: algunas batallas de la primera guerra mundial -Somme, por ejemplo- tuvieron más muertos que lo que acumulaba el COVID al momento de nuestra reunión; las muertes por inanición actualmente son muy masivas e ignoradas. Otro cambio que da que pensar es la relación con los animales. Sin ir más lejos, al momento de reunirnos, había más permisos semanales para pasear mascotas que para que salieran las personas. ¿Cómo es que sin darnos cuenta hemos llegado a razonar así? ¿Cómo se discierne eso? ¿Qué debe conservarse y qué debe rectificarse?

Centro Teológico Manuel Larraín
Grupo Experiencia de Dios

24 de junio de 2020

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Sylvia Vega, Diego Irrázabal, Ana María Vicuña, Cristina Bustamante, Samuel Yáñez, Ana María Stiven, Jorge Costadoat, Luis Oro, Isabel Donoso, Carlos Schickendantz, Viola Espínola, Diego García.

En esta reunión hubo, al comienzo, opiniones muy contrastantes para evaluar el momento que estamos viviendo. Pero sucedió también, como es habitual en la conversación oral, que surgieron reinterpretaciones de esas opiniones, o matices con los que se iban tendiendo puentes de modo que las distinciones de ideas no implicaban necesariamente relaciones de exclusión entre ellas, sino más bien aclaraciones en orden a estar hablando desde distintos planos o ángulos, por ejemplo. Y donde persisten los desacuerdos, estos no terminan siendo ni estridentes ni mucho menos incordiantes entre nosotros.

Al hacer recuento de nuestras experiencias personales, hubo quienes, recordando en primer lugar que son parte de algún grupo de riesgo, no obstante consideraban que este tiempo había sido de calma, de muchas posibilidades para reflexionar en buenas condiciones sobre una realidad muy compleja. Por ejemplo, haciendo distinciones entre experiencias microsociales que han resultado ser muy alentadoras, y otras de carácter más global, sistémico o institucionalizado, que no lo son tanto. Hay potentes signos de esperanza en el nivel de nuestras propias prácticas o las de nuestro entorno inmediato, y otros signos que llevan a un escepticismo respecto de la política y la cultura que protagoniza y/o gobierna la crisis a nivel regional y mundial. Hubo testimonios de una solidaridad explosiva en beneficio de iniciativas que normalmente funcionan al tres y al cuatro y de las que varios miembros del grupo forman parte, al mismo tiempo que liderazgos empresariales y políticos no logran salir del lenguaje de la codicia o de un economicismo tecnocrático que no consigue dar con las claves del momento, para lo cual tal vez se requiere de otros paradigmas (por ejemplo, para apostar por una vida más frugal y sustentable que podría implicar otorgar una menor prioridad al crecimiento del PIB como criterio económico incontestable).

Pareciera que, por fin, es posible enfrentar críticamente al neoliberalismo y a su proyecto cultural, y proponer un giro hacia lo que, a falta de un nombre mejor, se denomina “socialdemocracia” pero que implica sustanciales mejoras sobre la calidad de los vínculos sociales que nos ligan, más allá de la redistribución vía burocrática o de la universalización de derechos que hace abstracción de las singularidades. Se ha vuelto posible hablar con franqueza y hasta con dureza para controvertir lo que aparentaban ser consensos irrefutables pero que hacían oídos sordos a los dolores que se acumulaban en el reverso de la trama, y así poner ahora a la humanidad en el centro. En ese sentido, el rápido acuerdo alcanzado por un grupo trascersal de dieciséis economistas para flexibilizar la regla fiscal e ir en auxilio de los más vulnerables, que habría sido algo impensable hace pocos meses, es síntoma no de que cambió la técnica económica, sino la disposición emocional y ética de sus gestores para decidir cuáles eran las prioridades exigidas por la compasión.

Preocupa que lo exigente del momento nos haga hiper-enfocarnos en muy pocas variables y no estemos anticipando suficientemente las complejidades de un posible futuro post-pandemia o post-vacuna, que para mucha gente ya se está vislumbrando desgarrador, particularmente por la manera en que la inequidad en nuestras sociedades ha quedado expuesta a plena luz, o por las incógnitas que suscita pensar en el escenario una vez que se encuentre una cura: ¿dará origen a un sistema de cooperación

internacional, o a guerras comerciales por la hegemonía geopolítica? En el nivel local, ¿lograremos reconstruir un sentido de lo público que nos dé suficiente cohesión, o se mantendrán los síntomas de “estado fallido” que se observan ahí donde el delito organizado ha ido expandiendo su control y gobierno de los territorios de un modo que parece irremediable sin tener que recurrir a una violencia estatal igualmente cruda? Parece ser claro que la dicotomía riqueza / pobreza se hará más vertebral y patente, y sin necesidad de odiosidad alguna, será más claro que nuestro lugar debiera estar del lado de los pobres: ellos son la vara de medir la calidad de nuestra sociedad. Si esto ha de ser no más que una quijotada, que al menos nos encuentre situados del lado decente de las cosas.

Dialogar con los jóvenes: ¿Pataleando en el aire?

Entre las opiniones contrastantes, se hizo una reflexión sobre los jóvenes, a quienes se identifica como “pandemics”³. En su caracterización, pese a su reivindicación de un ecosistema más sano, sin embargo, generan inquietud por otros rasgos como el egocentrismo, el hedonismo y una manera de expresarse que no facilita la comunicación constructiva. Estos rasgos son propios de procesos culturales de expansión de la subjetividad en entornos muy agresivos. Sería un grupo generacional que viene a cobrar una cuenta a los adultos por lo mal que lo hemos hecho, de una manera tal vez intransigente y virulenta. En sus maneras de socializar y actuar colectivamente, operan con códigos a ratos ininteligibles y nos pueden hacer sentir “out” a quienes somos sus mayores.

Eso produjo otras opiniones como que lo que nos corresponde es actuar como adultos, que no es lo mismo que con adultocentrismo⁴: vale decir, asumir nuestras responsabilidades y errores, y no renunciar al empeño de restablecer la comunicación para una tradición⁵ constructiva de nuestra propia experiencia, no dar anticipadamente esta batalla por perdida. No corresponde a los más jóvenes jubilarnos, pero no nos corresponde tampoco el rol de defender lo que debe morir, y hay que ponerle cabeza y lomo a la tarea de pensar qué es lo que se necesita que cambie para salir de esta etapa que nos tiene sumidos en sociedades enfermas, y cuál es la dirección hacia la que nos queremos encaminar. Visto de ese modo, los adultos estamos reviviendo experiencias de solidaridad local que parecían enterradas y cuya reivindicación entusiasta por nuestra parte no obedece a pura ñoñería, sino a la convicción honrada que en esas acciones hay mucha verdad y futuro acerca de cómo dar sentido a la propia vida y cómo construir una sociedad cohesionada y en paz.

Por eso varios en el grupo, y dentro de todas las limitaciones que la situación impone, han podido vivir estos meses ciertos aspectos de su vida con mucha plenitud, asumiendo responsabilidades, animando, transmitiendo esperanza, y allí en los dolores que se han mostrado ineludibles, contribuyendo a que sean vividos -o viviéndolos ellos mismos- con dignidad y belleza. En nuestra condición de profesores universitarios, por ejemplo, ha sido en este contexto donde se ha producido el mayor contacto con la humanidad de los estudiantes, quienes por su parte también han dado ejemplo de lo mejor de sí mismos en diversas experiencias de apoyo mutuo. El texto de Leonardo Moreno⁶ reivindicaba la sabiduría popular con que se estaba organizando la solidaridad, y se dio testimonio de experiencias conmovedoras al respecto, auténticas presencias de Dios en nuestra historia: el personal del hospital Sótero del Río -mal remunerado y exhausto en la primera línea- realiza colectas en beneficio de los enfermos; una amasandería de Peñalolén cocina almuerzos para una olla común, ... “ni el que recogió

3 Max Colodro, “Pandemics”, La Tercera, 20 de junio de 2020.

4 Claudio Duarte, “Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción”, Revista *Ultima Década*, CIDPA, Valparaíso, n° 36, 2012, pp. 99-125. <http://www.cidpa.cl/wp-content/uploads/2013/05/36.4-claudio-duarte.pdf>. El número de la revista en que aparece este artículo está dedicado monográficamente a la juventud.

5 Entendida en el sentido jurídico de “entrega”.

6 Leonardo Moreno, “La fragilidad de nuestras bases”, revista *Mensaje*, junio de 2020, pp. 7 a 10.

mucho abundaba ni el que recogió poco estaba escaso” (2 Cor 8, 15).

¿Qué religiosidad necesitamos?

Finalmente, la conversación abordó la pregunta sobre el lugar que tiene la religiosidad en este proceso. Algunos han echado de menos una presencia más visible de la Iglesia institucional. Otros en cambio han destacado la vitalidad de la “iglesia catacúmbica”, que no predica el amor sino que sencillamente ama⁷. Otros manifiestan una preocupación más general sobre el lugar de la religión en el conjunto de la sociedad. Por ejemplo, que una situación de incertidumbre y hasta desesperación dé abono a psicologías religiosas primitivas que buscan y encuentran seguridad en el retraimiento en grupos cerrados, sectarios y violentos. Los credos religiosos, con su notable capacidad para la acción solidaria, se estarían transformando en ONGs y parecieran desatender su dimensión espiritual y trascendente. Esta crisis, finalmente, nos expone a la pregunta por el sentido: ¿Volveremos, cuando se logre el control del virus, a una sociedad en que de lo que se trata es de trabajar-trabajar-trabajar para producir-producir-producir? Finalmente, nuestras crisis combinadas (18 de octubre y COVID 19) son una sola crisis espiritual. ¿Están aportando las religiones en ese plano o lo están cambiando por el activismo social? ¿Cómo se combinan ambas dimensiones irrenunciables sin sacrificar ninguna?

Una posible alternativa a la vía primitiva y sectaria, es promover, en lugar de un sistema monolítico con estricta disciplina jerárquica, una cultura de comunidades espirituales plurales que operan en red, y que desarrollan capacidad para la escucha y el diálogo, para que desde ellas pueda fermentar, en la experiencia compartida de vulnerabilidad y mutualidad, una solidaridad de escala planetaria. Y, particularmente a partir de la vivencia de la vulnerabilidad, saberse “en manos de...”, en este caso, de un Dios amoroso, y entregarse confiadamente a su amor. Hubo quien comentó que con sus compañeras de colegio se enviaban mensajes de ánimo y en que se recordaba cómo las epidemias son experiencias muy antiguas en la humanidad, y entonces se compartían textos escritos durante otros episodios como éste, como para darnos cuenta que esto ya lo hemos vivido antes. Se mencionó la devastadora epidemia de viruela en México, con la llegada de los conquistadores españoles en el siglo XVI⁸. Así pues, ha sido este un tiempo para recordar la fragilidad y, pese al temor que suscita, también reconocer los signos de la gracia en el cuidado mutuo que se ofrece y recibe con alegría. ... para recordar también el tiempo en que, junto a la abuelita, aprendíamos las primeras oraciones cristianas en que nos poníamos “*sub tuum praesidium*”, bajo el amparo de María. ... O, si no queda más remedio, de ese modo chillanejo a la manera de los hermanos Parra, que al mal tiempo pone humor negro, para recordar que después del terremoto vienen las réplicas y después de las réplicas finalmente la calma, de modo que ya contamos con que para la próxima sacudida de la tierra, podemos pasar el disgusto en el bar de la esquina acompañados de una buena cerveza, porque -más o menos aporreados- ya sabemos por experiencia que la vida de todos modos se abrirá camino...

7 Jorge Costadoat, “La Iglesia catacúmbica”, El Mostrador, 18 de julio de 2020.

<https://www.elmostrador.cl/destacado/2020/07/18/la-iglesia-catacumbica/>

8 Se puede consultar un panorama del estudio del tema en Robert McCaa, “¿Fue el siglo XVI una catástrofe demográfica para México? Una respuesta basada en la demografía histórica no cuantitativa”. *Cuadernos de Historia* n° 15, Universidad de Chile, 1995, pp. 123-136. Ver en página 128 algunas estimaciones de distintos estudiosos del caso sobre las pérdidas de población en la región. <https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/46945/48935>

Centro Teológico Manuel Larraín

Grupo Experiencia de Dios

29 de julio de 2020

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Isabel Donoso, Cristina Bustamante, Samuel Yáñez, Felipe Espinoza, Diego Irarrázabal, Fredy Parra, Carlos Schickendantz, Viola Espínola, Sylvia Vega, Ana María Stiven, Jorge Costadoat, Juan Pablo Jiménez, Luis Oro, Diego García.

Para esta reunión contamos con una contribución de Luis Oro titulada “Teología Popular”. A partir de ella, tuvimos un animado debate sobre qué es lo que podría especificar lo religioso. Para abrir fuegos, comenzamos constatando que coexisten fenómenos que se declaran religiosos y que dan cuenta de un gran fervor, junto con otros que parecieran mostrar un rechazo que va desde la indiferencia hasta el odio por lo religioso. Pareciera ser, en una primera síntesis, que lo religioso no ha muerto pero ha mutado, y que la tesis de la “creencia sin pertenencia” tiene asidero. No se explica de otro modo el rechazo a la “religión positiva” o institucionalizada, que se ha vuelto burocrática y disciplinaria, ostentando un poder mundano que se expresa en prácticas muy dañinas y hasta execrables, y que explicaría que ya antes del estallido de octubre las quemadas de lugares de culto de distintos credos fueran recibidas con poco más de preocupación que solo encogerse de hombros. Al mismo tiempo se sacralizan otros lugares, sujetos u objetos, dando paso a expresiones masivas de veneración de los mismos, desde la Plaza Italia / de la Dignidad “profanada” por el presidente de la República durante la cuarentena, hasta verdaderas procesiones cargando la imagen del Negro Matapacos.

Así pues, en este primer acercamiento, “lo religioso” tendría que ver ya no con la desaparición sino con un desplazamiento de lo sagrado, que en algunas expresiones se orientaría a lo intramundano con olvido de lo supraterráneo. Y a continuación, una segunda hipótesis acerca de la expresión del *pathos* de lo religioso, como ubicado en las inmediaciones de la propensión a la violencia o la intolerancia (y que recae sobre “dioses” tanto religiosos como laicos, de lo que daría cuenta el fenómeno de derribo de estatuas de figuras de conquistadores y colonizadores como expresión de la protesta de quienes representan a los grupos minoritarios o minorizados por esas conquistas). Al desplazarse el sentimiento religioso, el clero pierde la capacidad de darle orientación y conducción. Surgen nuevos “sagrados” (la naturaleza, los animales, los derechos humanos), y en ausencia de elaboraciones más complejas, se incurre en razonamientos toscos que favorecen simplificaciones maniqueas. Entonces, se ensalza a todo evento a las *primeras líneas* de los nuevos credos, y se funa sin paliativo a los adversarios.

Esta primera caracterización dio origen a varias observaciones. Una de ellas, relacionada con el hecho que la pérdida de confianza en las instituciones podría estar seguida de una reclusión en grupos de referencia cerrados pero además desprovistos de *orientación a la totalidad* o al conjunto, una exaltación de la propia singularidad que no está capacitada para dialogar. No obstante, hubo otras opiniones dirigidas a controvertir lo ya dicho, en orden a que la pluralización de lo religioso contiene expresiones que precisamente parecieran querer salvar la orientación hacia la totalidad del secuestro en que se hallaba en manos de religiones positivas o institucionales masivas, pero asimismo sectarias o que sustituyeron su propósito misionero por el del proselitismo que no respeta la diferencia. En ese sentido, en buena hora que hay quienes consiguen desertar de una Iglesia de cristiandad que ahoga las múltiples maneras en que late lo espiritual como búsqueda de lo que produce paz y acuerdo entre cada uno y todo cuanto lo rodea. En el texto que Diego Irarrázabal nos hizo llegar, se hace una alusión significativa al espíritu de diálogo entre las cosmovisiones que coexisten en América Latina: “Sin ser

ahora un ‘continente’ católico, se atesoran y reconstruyen ritos y valores de carácter católico que no discriminan. En el terreno cultural abundan signos de tolerancia, que implican convivir sin absolutizar lo propio”⁹. Vale decir, se está verificando también en la práctica de las cosmovisiones, religiones y sabidurías en América Latina suficiente ductilidad para convivir con otros cuando de lo que se trata es de sobrevivir a signos de crisis tan profundas como la que estamos viviendo ahora mismo. Se trata de una capacidad para la simbiosis, para la confluencia del sentido de lo positivo que podemos reconocer en cada cual para el beneficio común.

Los seres humanos buscan en las religiones una respuesta a la búsqueda por el sentido, por la salvación, y si no lo encuentran ya en un sitio, lo buscarán en otro. Actualmente, esas búsquedas de sentido exploran en causas que tal vez antes no (minorías, derechos humanos, *mindfulness*), que formalmente incluso ni siquiera reclaman la condición de religiosas y admiten mucha heterogeneidad. Pero otean hacia un horizonte de pertenencia dentro de lo que nos completa, o nos hace parte de la totalidad, o nos acoge ante situaciones límite de la vida que necesitamos que sean inteligibles, respecto de las cuales no cabe ser frívolos. En nuestro caso, está además la comprensión de lo religioso como paternidad / maternidad, que no sólo acoge y consuela a cada uno, sino que además hace volver la mirada a los otros como a hermanos de una misma comunidad. Y en el caso cristiano, está la persona de Jesús que es quien congrega alrededor suyo a la comunidad que lo conmemora, como los japoneses retratados en la película *Silencio* de Scorsese. Sin embargo, estas expresiones de búsqueda de lo que da sentido, o lo que nos sitúa en la comprensión de la totalidad, no las agota el cristianismo, porque la experiencia de lo amoroso es universal, a toda escala.

Trascendencia en la inmanencia

En la medida en que el cristianismo invita al seguimiento de una persona, no se agota en –ni siquiera se define como– una apropiación intelectual de una doctrina, sino que apela al ser humano completo, también con sus afectos y emociones, como modo de dar respuesta a la necesidad de los seres humanos de saberse parte de un todo que es sublime, y en el que Dios se hace presente en cada una de sus partes, lo que una vez más remite a la comunidad de hermanos y hermanas que se dan apoyo mutuo, como vemos en tantas experiencias de esta pandemia. Por ejemplo, son numerosos los relatos de una solidaridad sacrificada y alegre, incluso eufórica o maníaca, aún en circunstancias de exposición a la inseguridad que son peligrosas. Por todos lados surgen noticias de personas que testimonian lo agradecidas que están de la posibilidad de servir, y donde la disponibilidad gratuita practicada por todos mantiene en pie lo que parecía estarse cayendo. Finalmente, se va instalando como un sentido común contracultural la afirmación que todas estas experiencias encuentran su sustento en haber descubierto que fuimos amados primeros y que solidarizar no es sino corresponder por el amor recibido antes de haber dado nada que lo mereciera. Hubo una historia difundida en los medios de comunicación, de un repartidor en bicicleta que se lanzó al Canal San Carlos a salvar a una persona desconocida que se ahogaba. Mientras tanto, otros peatones cuidaban las pertenencias del ciclista. Este “héroe circunstancial”, extranjero y trabajador informal, no supo dar muchas razones de por qué actuó así, tal vez porque le pareció algo obvio y a su alcance. De su buena acción dieron cuenta los testigos de la misma, así como de su nombre, Ricardo Pérez¹⁰. A quienes vieron esta noticia, en medio de estas

⁹ Diego Irrazábal, “De dónde y hacia qué... cosmovisión ancestral y actual”, p. 13.

¹⁰ En televisión esta noticia se puede encontrar en <https://www.24horas.cl/nacional/joven-repartidor-se-lanza-a-canal-san-carlos-para-salvar-a-una-mujer-arrastrada-por-la-corriente-4352844> y <https://www.meganoticias.cl/nacional/308927->

circunstancias tan propicias a la desolación, la verdad es que les proporcionó un subidón de ánimo y de fe en la condición humana. Esta alegría que se produce en el darse gratuitamente a otros al mismo tiempo que en dejarse amar por otros ha sido testimoniada también en experiencias como la PADIS, a la que concurren personas que en otros contextos sufren mucho por la exclusión y el maltrato. Se mencionó también una familia muy pobre de Esperanza Andina que donó su caja de alimentos porque se sentía agradecida de otras expresiones de solidaridad que había recibido: los regalos son para que circulen.

Así pues, estamos asistiendo a una experiencia del cristianismo que desborda con exceso los límites formales o jurídicos de un credo religioso que administra una disciplina. Tal vez un gran error ha sido entender el cristianismo como religión con líneas de demarcación demasiado nítidas y rígidas. Afortunadamente, los ejemplos de cristianismo no institucionales parecen fecundos porque tienen arraigo como cultura (no sólo como “orgánica”). Es cierto que son expresiones vulnerables a otros fenómenos de la época, como la aceleración de la vida moderna que suprime los ritos por definición más “lentos”. Con todo, lo que tiene arraigo cultural podría sobrevivir al desplome de sus expresiones institucionales. Al mencionar ejemplos como el de Mariano Puga, se advierte que él buscaba a Jesús en ejemplos vitales. Frente a una acción buena en medio de la población, acostumbraba decir “¡Esto es Cristo!” Casualmente, aquellas acciones “esto es Cristo” de los que nada tienen, que todo lo deben y a quienes nadie les debe, se experimentan como pura gratuidad y desprendimiento, sin alardes ni racionalizaciones. En el momento en que comenzamos a acumular, crece en nosotros el miedo y la tristeza del joven rico ante la posibilidad de deshacerse de lo suyo precisamente porque tiene mucho.

Retomando las preguntas del comienzo -¿religiones intramundanas con olvido de lo trascendente?- se arribó a la afirmación que el seguimiento de Jesús y la búsqueda de Dios en el servicio a los demás es precisamente la experiencia espiritual, donde no se disocian sino que se reúnen la inmanencia con la trascendencia. Son variadas las maneras en que lo espiritual y religioso así entendido se expresa positivamente, mucho más allá de los cercos jurídicos de las religiones positivizadas. Lo religioso no pertenece a nadie, nos desborda a todos, no se deja encerrar en ningún concepto. Nosotros tenemos una extraña habilidad para lograr lo contrario, haciendo de su definición un mecanismo de exclusión. Una religiosidad bien vivida debiera contar con más conciencia de la finitud de su propia búsqueda de lo infinito, y abordar con más curiosidad el encuentro con otras maneras de buscar que tal vez iluminarían sus propios puntos ciegos. La positivización de lo religioso, su juridización, en el límite, es la negación del propio cristianismo entendido como impulso a superar la ley o perfeccionarla por el amor. Lo cristiano no sólo es finitud epistémica ante lo infinito sino además una conciencia de vulnerabilidad generalizada. En la común conciencia de nuestra fragilidad, precariedad y complementariedad, siempre y no sólo en la tragedia, puede aflorar lo mejor de lo humano de modo más limpio, y con distancia del narcisismo, en el puro desasimiento. Al finalizar la reunión, hubo un interesante intercambio de comentarios sobre las experiencias del teatro chileno en dictadura (a propósito del programa “Mierda mierda”¹¹), y en particular la función de Ictus la noche en que se conoció el asesinato de José Manuel Parada, mientras su padre Roberto actuaba. La función no se suspendió, y muchos de quienes se encontraban allí, comunistas hasta la médula, describen ese momento como si hubieran participado de un rito religioso. El amor supera la brutalidad y la pérdida, y pudo ser en la inmanencia que nos religamos con la totalidad.

repartidor-de-delivery-salva-a-mujer-se-ahogaba-canal-san-carlos-heroe-carabineros-bomberos-rescate-rex10.html

¹¹ <https://www.youtube.com/watch?v=ZHWBApg5QPQ>

Centro Teológico Manuel Larraín

Grupo Experiencia de Dios

Reunión jueves 20 de agosto de 2020

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Diego Irrázabal, Isabel Donoso, Cristina Bustamante, Fredy Parra, Samuel Yáñez, Juan Pablo Jiménez, Ana María Stuvan, Sylvia Vega, Carlos Schickendantz, Jorge Costadoat, Viola Espínola, Ana María Vicuña, Luis Oro, Diego García.

Inmanencia / Trascendencia

Retomando temas de nuestra conversación anterior, abordamos visiones respecto de la relación entre la inmanencia y la trascendencia. Leímos un texto de Samuel Yáñez donde se aborda este asunto en la filosofía de Zubiri¹², y luego fuimos opinando respecto de esta difícil cuestión. Entre lo que se dijo, algo que se repitió fue un rechazo a la noción de una separación rígida y tajante entre ambas dimensiones, a la ausencia de algún tipo de continuidad entre ellas. Otra opinión que se reiteró en forma de pregunta fue por la relación entre, por una parte, un tipo de trascendencia que es el que las individualidades singulares se proyecten en la generalidad de la condición humana (dejar huella significativa en el largo trayecto de la humanidad) y, por otra parte, el Dios trascendente como tal. En la informalidad de la conversación, era la pregunta sobre la relación entre lo humanamente trascendente (los chispazos de eternidad en lo temporal) y el “trascendente-trascendente” (“eterno-eterno”) que es Dios mismo. Ahora bien, entre nosotros se reiteró la noción de un Dios que siendo íntimo es también un impulso a salir de nosotros mismos para buscar en la realidad circundante lo que nos trasciende como individuos. Eso posibilita una forma de vivir en una tensión muy positiva y desafiante. Por ejemplo, ¿qué podría significar para nosotros que hayamos sido creados a imagen y semejanza de quien afirmamos que es trascendente? ¿Cómo configura nuestra inmanencia? Normalmente, la dicotomía “inmanencia-trascendencia” se suele resolver en otra dicotomía “horizontalidad-verticalidad”. Se aludió a que la espiritualidad franciscana propone una especie de “diagonal” que integra lo que los conceptos formulan de manera dicotómica, fragmentada y excluyente. Con ello, entonces, se podría repensar la relación inmanencia-trascendencia ya no desde la rigidez y la exclusión de un aquí vs. un allá fijos, sino desde la fluidez, la comunicación y la interacción de ambas dimensiones.

Dando un paso más, la reflexión se volcó hacia el sentido de nuestra condición de finitud y nuestra vocación de infinitud. ¿Es esto una quimera, una “pasión inútil”? Vino en nuestra ayuda el verso de Píndaro, que se refiere a la condición humana como “sueño de una sombra”, dedicado a los atletas olímpicos vencedores en las olimpiadas¹³. El canto del poeta al momento del triunfo en medio de una vida efímera es lo que inmortaliza y hace trascender en la memoria de aquellos a quienes el poema se transmite a lo largo de generaciones. Es la manera de vivir nuestra condición finita de tal modo que

¹² Samuel Yáñez, “Vida y religación”. Revista Teología y vida, vol. XLVI (2005), pp. 570-581.

¹³ Más específicamente, la Pítica VIII está dedicada a Aristómenes de Egina, vencedor en el pugilato. Cualquier parecido con nuestro grupo es pura coincidencia. Píndaro, *Odas y fragmentos*, Gredos, Madrid, 1984, p. 194.

podemos decir que ha valido la pena. Esta cita fue muy bien recibida, porque le daba a nuestra condición finita una significación positiva, al modo de una invitación a vivir creativamente la vida que tenemos, en todo su transcurso hasta la vejez, yendo hacia la trascendencia saliendo de sí hacia los demás, por más finita que haya sido la propia individualidad. Lo mismo, dicho de otro modo: convertir nuestra finitud en una oportunidad gozosa de apertura hacia lo que nos completa y que se encuentra “fuera” de nuestra individualidad, y que podemos recibir como una gracia, como un “ser llamados a...” desde otros y más allá de sí mismos.

Se mencionó la imagen de la preparación del chuño –un estudio de Dionisio Condori¹⁴- que muestra cómo es que se cría el tubérculo para que dé una nueva vida como alimento (en cierto sentido, el chuño se obtiene a partir de una papa muerta). Es una práctica que involucra la invocación de la benevolencia de los dioses protectores y la realización de ofrendas. Así pues, parte de la prosperidad en la preparación del chuño es debida a los cuidados que la comunidad le proporcionó. No deja de ser una analogía sugerente acerca de la finitud y la trascendencia de la que estuvimos conversando.

Visiones de la muerte

La conversación se dirigió con naturalidad hacia una reflexión acerca de la muerte, expresión categórica de nuestra dimensión finita. Hubo desacuerdos importantes pero constructivos. Por ejemplo, se hizo alusión a quienes deciden morir y decir adiós públicamente. Personas saludables y vitales, organizan un cocktail y se despiden de sus próximos antes de llevar a cabo una muerte programada. ¿Cuál es el mensaje que se contiene ahí? Por otra parte, hay una coincidencia en un piso de la experiencia de la muerte que es sombrío, un corte de un proyecto, una separación entre seres humanos. El COVID 19 ha expuesto de manera recurrente los aspectos más dramáticos de la experiencia de la muerte, particularmente por la imposibilidad de realizar un rito de cierre con los deudos y amigos de los difuntos; el personal médico exhausto teniendo que asumir además la despedida de los enfermos en lugar de sus familias, a veces sintiéndose hasta culpable de esta situación de fuerza mayor a escala planetaria. En tal sentido, la imagen de la guadaña, de ser arrancado de cuajo, está muy a la mano.

Pero por otra parte, y sin embellecer cuanto pueda haber de dramático en morir, y en continuidad con lo reflexionado acerca de la finitud que intenta una trascendencia, hay también la noción de la muerte como una finalización de una vida bien vivida y como aceptación de ser “venidos a buscar” por otro que nos llama a su lado. No nos hundimos en la nada, porque nuestra finitud es asumida por Dios. Cumplida la historicidad de nuestra vida, lo que sobreviene es el paso a la eternidad, y entonces, podemos decir con propiedad “en tus manos encomiendo mi espíritu”, en una suerte de desasimiento. Se dijo que era una especie de “Big Bang” espiritual, una etapa de expansión, sólo el sueño, ya sin sombra. La sombra es proyectada gracias a la recepción de la luz en el cuerpo. Al morir, se está en la luz que antes nos alumbraba a la distancia. La distancia entre quien buscaba la trascendencia y la trascendencia es ahora tan estrecha como cabe concebirla. En estos momentos, gran parte de la humanidad –tal vez la totalidad de ella- se encuentra consciente y simultáneamente enfrentada a lo mismo. Dentro de eso, son muchísimos quienes se encomiendan a una misma esperanza. Se meditó sobre la figura de María, una joven y sencilla muchacha sin post grados, que ahora mismo se encuentra en comunicación amorosa con esa parte de la humanidad que busca y se le confía pese a todas las adversidades. Eso es expresión de un tiempo que también es favorable, pese a todo.

¹⁴ Dionisio Condori Cruz, “Tecnología del Chuño”. En <https://aymara.org/webarchives/www2004/biblio/chunho.html#top>

Nuestra diversidad

Como en otras ocasiones, hubo alusiones a la necesidad de reconocer más la diversidad que coexiste dentro de la Iglesia. Es un pluralismo que se vive de manera desacomodada. Hay muchas capillas que se repelen unas a otras, zonas de confort con poca disposición a interesarse por los diferentes. Nos falta más “ecumenismo” ¿Podríamos llevar a cabo un ejercicio de exponer nuestras propias “genealogías” de experiencia religiosa para entender las diferencias que tenemos al interior de nuestro mismo grupo? Entre nosotros hemos desarrollado una capacidad para el disenso constructivo y nos escuchamos con curiosidad y respeto, aprendemos mucho unos de otros. ¿Podríamos ahondar en eso, y luego ofrecerlo como experiencia de convivencia a otras sensibilidades y carismas que nos resultan más lejanas, pero con las que deberíamos saber convivir constructivamente?

NOTA: Las actas de los meses septiembre, octubre y noviembre de 2020 no se harán públicas por acuerdo de los integrantes del grupo.